

18 Ascendió al cielo

SIEMPRE ES DIFÍCIL MEDIR LA MADUREZ ESPIRITUAL DE UNO, pero hay un sentido en que es posible evaluarla de manera general por la imagen dominante que uno tiene de Jesucristo. Por ejemplo, algunas personas piensan en Jesús en términos de su Encarnación con el resultado que su imagen mental es básicamente la de un niño yaciendo en un pesebre. Esta imagen no está equivocada, por supuesto. El Señor fue un niño en su Encarnación, y la Encarnación en sí misma constituye un concepto importante. Pero es sólo una imagen introductoria de Cristo. Una imagen más madura es la de Cristo sobre la cruz, que es la imagen que otras personas tienen de él. Esta es mejor, porque la cruz explica el motivo de la Encarnación. Jesús vino al mundo para morir. "El Hijo del Hombre no vino para ser servido sino para servir, y dar su vida en rescate de muchos" (Mt. 20:28). Sin embargo, a pesar de lo buena que es esta imagen, todavía no es del todo la mejor. Jesús ya no está muerto. Una imagen del Cristo resucitado es necesaria para acabar el cuadro. Es el Cristo resucitado, no el Cristo sobre la cruz, que les trajo paz a sus discípulos y les encargó la tarea de la evangelización mundial.

La Biblia, habiendo hablado sobre la resurrección, continúa narrando la ascensión de Cristo al cielo donde ahora está sentado a la diestra del Padre, gobernando a su iglesia y esperando el día en que ha de volver con poder para juzgar a los vivos y los muertos.

El Nuevo Testamento se refiere a la ascensión de Cristo en varios lugares. En el evangelio de Juan está anticipada en dos oportunidades. Jesús le preguntó a los discípulos que estaban ofendidos: "¿Pues, qué, si viereis al Hijo del Hombre subir adonde estaba primero?" (Jn. 6:62). A María Magdalena le dijo: "No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y díles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios" (Jn. 20:17). Los Hechos de los Apóstoles nos narran las circunstancias que rodearon la ascensión: "Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos" (Hch. 1:9). Encontramos el mismo relato en el final de Marcos (16:19) y en Lucas 24:51. Más tarde, en las epístolas, los escritores se refieren a la ascensión para hablar sobre la obra completa de Cristo. "¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros" (Ro. 8:34). "Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios" (Col. 3:1). La carta a los Hebreos hace repetidas referencias a la ascensión de Cristo y su presente posición en el cielo (He. 1:3; 6:20; 8:1; 9:12,24; 10:12; 12:2; 13:20). En 1 Timoteo la ascensión está colocada con la plena perspectiva de la obra de Cristo. "E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, Justificado en el Espíritu, Visto de los ángeles, Predicado a los gentiles, Creído en el mundo, Recibido arriba en gloria" (1 Ti. 3:16).

La importancia de la ascensión resulta evidente si consideramos la frecuencia con que es mencionada en el Nuevo Testamento. Pero esto no nos explica por qué es importante o cómo se relaciona con nosotros. Sin embargo, los versículos también nos dan una explicación sobre el significado de la ascensión en las tres áreas principales. Estas han sido sucintamente presentadas en las famosas palabras del Credo Apostólico: "Ascendió al cielo, y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso, de donde vendrá a juzgar a los vivos y los muertos".

Ascendió al cielo

Lo primero que nos sugiere la ascensión es que el cielo es un lugar real. Decir que es un lugar real no significa que por ese motivo lo podamos describir adecuadamente, aun con la ayuda de varios símbolos bíblicos. El libro de Apocalipsis, por ejemplo, nos habla del cielo como una ciudad donde las calles están pavimentadas de oro, cuyos cimientos son sólidos, donde la luz siempre brilla. Pero el cielo no es necesariamente una ciudad en realidad; dicho lenguaje es simbólico. Una ciudad nos está hablando sobre un lugar donde pertenecer, un hogar. Los cimientos nos dan la idea de permanencia. El oro está sugiriendo algo precioso. La luz nos habla de la eterna presencia y el gozo inquebrantable de Dios que disfruta su pueblo.

Sin embargo, mientras reconocemos este simbolismo no debemos cometer el error de suponer que el cielo es algo menor a un lugar real, hasta posiblemente localizado como lo están Nueva York o Londres, por ejemplo. Las enseñanzas explícitas de Cristo, como su ascensión, procuran enseñar esta realidad.

Algunos han observado que como a Dios se lo describe como siendo puramente espíritu —es decir, no teniendo forma corpórea al cielo también se le debe describir como el estado de ser espíritu. Pero la idea que el cielo es un estado, y por lo tanto se encuentra en todos lados y en ningún lado, no es la sugerida por la Biblia. Hemos de reconocer las limitaciones con que nos encontramos cuando hablamos de algo que está más allá de nuestra experiencia. Pero al mismo tiempo, sabemos que si bien Dios el Padre no tiene una forma concreta y visible, la segunda persona de la Trinidad sí la tiene. Jesús se hizo hombre y permanece siendo Dios-hombre por la

eternidad. Nosotros también habremos de tener cuerpos en la resurrección. Nuestros cuerpos serán distinto a los que conocemos hoy. Serán similares al cuerpo de Cristo resucitado, que podía atravesar las puertas cerradas, por ejemplo. Sin embargo, serán cuerpo reales, sea cual sea sus características misteriosas, y como cuerpos deberán estar en algún lado. El cielo es el lugar que ocuparán nuestros cuerpos. Por supuesto seremos capaces de movilizarnos libremente por el universo.

Segundo, la ascensión de Cristo nos habla de su obra presente, como él mismo lo enseñó. Un aspecto de su obra es el haber *enviado al Espíritu Santo*, que debemos entender no como el haber enviado al Espíritu Santo en el pasado, en Pentecostés, sino como la continua entrega del Espíritu Santo para hacer su obra en el mundo. Jesús dijo: "Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuese el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré" (Jn. 16:7; Un segundo aspecto es su intercesión por su pueblo. El libro de Hebreos se concentra en este punto, señalando que Jesús ejerció un papel de intercesión por nosotros como nuestro sumo sacerdote celestial.

Tercero, al hablar de la obra presente de Cristo en el cielo, recordamos la promesa a los discípulos de que él iba a *preparar lugar* para ellos (Jn. 14:2-3; No podemos saber qué es lo que Jesús está haciendo a este respecto, porque no podemos visualizar adecuadamente el cielo. Sin embargo, sabemos que de algún modo está preparando el cielo para nosotros. Esto nos asegura el interés actual del Señor en nosotros y nos asegura también su actividad en nuestro favor.

Sentado a la diestra

Las palabras del Credo no sólo nos dicen que Jesús "ascendió al cielo". También nos dicen que, habiendo ascendido al cielo, ahora está "sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso". Esta imagen ha sido extraída de una práctica antigua por la cual el rey honraba a una persona ofreciéndole un sitio junto a él, a su derecha. Nos habla del honor de esta persona y de su papel en los dominios del rey.

Que Jesús haya sido *honrado* de esa manera queda claro en varios lugares de las Escrituras. Hebreos 1:3 constituye un ejemplo: "El cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas". Aquí, Charles Hodge señala: "La exaltación de Cristo descansa sobre dos bases: la posesión de atributos divinos que lo hacían digno del honor divino y lo calificaban para ejercitar el dominio absoluto y universal; y, en segundo lugar, su obra mediadora".¹ En otra ocasión, aunque no hay una referencia específica al hecho que Cristo esté sentado a la diestra de Dios, en Filipenses 2:5-11 tenemos una base similar para que Cristo sea honrado. Es porque "era igual a Dios" y sin embargo "se vació a sí mismo" y fue "obediente hasta la muerte" por nuestra salvación. "Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre" (Fil. 2:9-11).

La posición de Cristo a la diestra del Padre también nos está hablando sobre la *autoridad* actual del Señor sobre todo el mundo y la iglesia. Se trata de la autoridad a la que hizo referencia antes de su ascensión, pero después de su resurrección. "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén" (Mt. 28:18-20). Es imposible sobrestimar el alcance de la autoridad de Cristo. El anuncio no dice solamente que le ha sido dada la autoridad, sino que dice que le ha sido entregada *toda* la autoridad. Y además, para que no mal interpretemos o minimicemos su autoridad, continúa declarando que se trata de una autoridad ejercida en el cielo y en la tierra.

Que toda potestad en el cielo le ha sido entregada a Jesús podría significar que la potestad que ha de ejercer en la tierra también será reconocida en el cielo. Si fuera así, sería una buena definición de la plena divinidad de Cristo -porque dicha autoridad es la autoridad de Dios-. Sin embargo, hay posiblemente algo más en la afirmación de Cristo. Por un lado, recordamos que cuando la Biblia habla sobre "las potestades" o "las autoridades" en el cielo, generalmente está hablando sobre las potestades espirituales o demoníacas. Cuando habla sobre la victoria de Cristo mediante su muerte y su resurrección, también por lo general se está refiriendo a estos poderes. "Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes" (Ef. 6:12). O también podemos citar esos versículos que aparecen antes en esa misma epístola cuando habla sobre la grandeza del poder de Dios "la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero" (Ef. 1:20-21).

Cuando consideramos el anuncio de Cristo en este contexto, tenemos la sensación que el Señor está hablando no solamente de un reconocimiento celestial de su autoridad terrenal sino de una autoridad que está sobre todas las demás autoridades, ya sean éstas espirituales, demoníacas o de cualquier otra especie. Su resurrección demuestra su autoridad sobre cualquier otro poder que sea posible imaginar. En consecuencia, ya no tememos a Satanás ni a nadie más mientras estamos comprometidos con el servicio de Cristo.

Segundo, Jesús declara que tiene autoridad sobre todo en esta tierra. Esta declaración tiene varias dimensiones. Significa que tiene autoridad sobre nosotros, su pueblo. Si verdaderamente somos su pueblo, significa que nos hemos acercado a él confesando que somos pecadores, que él es el Salvador divino que hemos aceptado su sacrificio y que hemos prometido seguirle como el Señor. Esto es una hipocresía si no contiene un reconocimiento de su autoridad sobre nosotros en todas las áreas. Para ser más específicos, es cierto que hay otras autoridades legítimas sobre nosotros también: la autoridad de los padres sobre los hijos, de los ministros sobre la iglesia, de las autoridades estatales. Pero él es el Rey de reyes y el Señor de señores.

La declaración de la autoridad de Cristo en la tierra también significa que tiene autoridad sobre los que no son creyentes. O sea, su autoridad alcanza a las "naciones" a las que nos envía con su evangelio (Mt. 28:19). Esto significa, por un lado, que la religión de nuestro Señor ha de ser una religión mundial. Nadie escapa a la esfera de su autoridad o está exento de su llamado. Por otro lado, se trata también de una afirmación de su capacidad de hacer que nuestros esfuerzos den fruto, ya que por el ejercicio de su autoridad los hombres y las mujeres pueden llegar a creer en él y seguirle.

La base fundamental de la empresa misionera cristiana es la autoridad universal de Jesucristo, "en el cielo y en la tierra". Si la autoridad de Cristo se circunscribiera a la tierra, si él fuera sólo uno de los muchos maestros religiosos, uno de los muchos profetas judíos, una de las muchas encarnaciones divinas, no tendríamos ningún mandato para presentarlo a las naciones como el Señor y el Salvador del mundo. Si la autoridad de Jesús estuviere limitada al cielo, si no hubiera vencido a los principados y las potestades igualmente podríamos proclamarlo a las naciones, pero nunca seríamos capaces de que "se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios" (Hch. 26:18). Sólo porque toda la autoridad en la tierra pertenece a Cristo es que podemos tener la audacia de ir a todas las naciones. Y sólo porque también le pertenece toda la autoridad en el cielo es que podemos tener la esperanza del éxito.²

Para juzgar a los vivos y los muertos

Por último, para completar el cuadro del que habla el Credo Apostólico, tenemos al Cristo viniendo del cielo para "juzgar a los vivos y los muertos". Hoy en día hay cierta resistencia para hablar del juicio, como ya lo señalamos cuando hablamos de la ira de Dios. Se considera al juicio como algo innoble. Es posible hablar sobre el amor, la gracia, la misericordia, el cuidado, la compasión, y la fuerza de Dios. Es posible decir que él es la solución a cualquier problema que tengamos, que él está allí para cualquier emergencia. Pero hablar de Dios como un Dios de juicio y de Jesucristo como un juez resulta tan ofensivo para nuestra cultura que muchos prefieren pasar esta doctrina por alto.

¿Cómo es posible que obviemos el hecho que el Dios del universo, tan santo y tan grandioso, un día ha de juzgar al pecado? Si no fuera cierto que Dios ha de juzgar el pecado, sería una mancha sobre el nombre de Dios. No podríamos hablar de un Dios santo, un Dios justo, un Dios soberano, si el pecado fuera a quedar indefinidamente sin castigo, como aparentemente sucede por un tiempo en este mundo. El pecado tiene sus propios mecanismos, autodestructivos. Pero si hemos de ser sinceros, debemos admitir que con frecuencia las personas buenas también sufren, y los que hacen el mal permanecen impunes. Si bien los que hacen el mal a veces son castigados, nadie puede sostener que todo el mal es castigado adecuadamente y que todo el bien es recompensado adecuadamente *en este mundo*. Por lo que si no hay un juicio final en donde las iniquidades de esta vida son corregidas, entonces no hay justicia en Dios. No hay justicia en ningún lado.

Pero, de acuerdo con las enseñanzas de la Biblia, sí hay justicia y habrá un juicio. Cuando comenzamos a hablar sobre la justicia de Dios, en un sentido nos deberíamos retirar horrorizados. No se trata sólo de recompensar esa buena obra que nosotros creemos que hemos realizado, o de juzgar esa mala acción en particular. De lo que se trata es que según los estándares de Dios "No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno" (Ro. 3:10-12). Cuando hablamos sobre el juicio de Dios, entonces, estamos hablando sobre el juicio que con justicia cae sobre cada uno de nosotros. ¿Qué hemos de hacer, entonces? ¿Cómo podremos estar delante de Cristo en ese juicio?

En el libro de Hechos tenemos un hermoso cuadro de cómo el cristiano puede estar delante de Dios. Es el cuadro de cómo él que ha creído en Cristo le encontrará no como juez sino como redentor —y este es un milagro de milagros—. El cuadro surge a partir del relato de la muerte de Esteban, una persona común que había predicado en Jerusalén con tanto poder que las autoridades le odiaban y lo apedrearon hasta matarlo.

Antes de morir, sin embargo, Dios le permitió tener una visión del Cristo celestial. Vio a Jesús, parado al lado de Dios esperándolo para recibirlo en gloria, y no sentado sobre el trono del juicio a la diestra de Dios. Su testimonio fue: "He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios" (Hch. 7:56). Y cuando murió repitió las mismas palabras del Señor: "Señor Jesús, recibe mi espíritu" (vs. 59) y "Señor, no les tomes en cuenta este pecado" (vs. 60).

Quiero resumir esta sección diciendo que Jesús es la fuente en donde encontramos todo bien espiritual. Como escribió Calvino:

Si buscamos la fuerza, está en su poder; si la pureza, en su concepción; si la dulzura, la vemos en su nacimiento. Porque por su nacimiento él se hizo como nosotros en todo sentido (He. 2:17) para que pudiera sentir nuestro dolor (comparar con He. 5:2). Si buscamos la redención, descansa en su pasión; si el perdón, en su condenación; si la remisión de la maldición, en su cruz (Gá. 3:13); si la satisfacción, en su sacrificio; si la purificación, en su sangre; si la reconciliación, en su descenso al Hades; si la mortificación de la carne; en su tumba; si la novedad de vida, en su resurrección; si la inmortalidad, también en la resurrección; si la herencia del reino celestial, en su entrada en el cielo; si la protección, si la seguridad, si la abundancia de bendiciones, en su Reino; si la expectativa tranquila del juicio, en el poder que le ha sido dado para juzgar.³

Cuando consideramos la persona y la obra de Cristo es una tontería buscar las bendiciones espirituales en cualquier otro lado. Lo único sabio es confiar solamente en él.

Notas

1. Hodge, Systematic Theology, II, p. 635.
2. John R. W. Stott, "The Great Commission", en One Race, One Gospel, One Task; Congreso Mundial sobre Evangelismo, Berlín 1966, Official Reference Volumes Ed. Carl F. H. Henry y W. Stanley Mooneyham (Minneapolis: World Wid(Publications, 1967), vol. 1, p. 46.
3. Calvino, Institutes, pp. 527-28.